

Arsène Lupin

Las ocho campanadas del reloj



Maurice Leblanc



Arsène Lupin
**Las ocho campanadas
del reloj**

Maurice Leblanc



Arsène Lupin

Las ocho campanadas del reloj



ANAYA

Título original: *Les Huit Coups de l'horloge*

1.^a edición: mayo de 2024

Publicado por Hachette Livre, 2024
© De la traducción: Sara Bueno Carrero, 2024
© De la imagen de las guardas: © iStock / Getty Images (Mai Vu)
© Grupo Anaya, S. A., 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com



ISBN: 978-84-143-3463-8
Depósito legal: M-6839-2024

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Estas ocho aventuras me las narró en una ocasión Arsène Lupin, que se las atribuyó a uno de sus amigos, el príncipe Rénine. Para mí, dada la forma en que transcurren, los métodos, los gestos y el propio carácter del personaje, es imposible no confundir a los dos amigos entre sí. Arsène Lupin es un extravagante tan capaz de renegar de algunas de sus aventuras como de otorgarse otras de las que no fue protagonista. Que sea el lector quien juzgue.

❖ Índice ❖

1. En lo alto de la torre	9
2. La jarra de agua	46
3. Thérèse y Germaine	80
4. La película reveladora	115
5. El caso de Jean-Louis	150
6. La dama del hacha	185
7. Pasos en la nieve	217
8. Al dios Mercurio	255

En lo alto
de la torre

HORTENSE DANIEL ENTREABRIÓ la ventana y susurró:
—¿Está ahí, Rossigny?

—Aquí estoy —dijo una voz que ascendía desde los parterres que se amontonaban a los pies del palacio.

Inclinándose un poco, vio a un hombre bastante robusto que alzaba hacia ella un rostro grueso, rojo y enmarcado por una barba demasiado rubia.

—¿Y bien? —dijo el hombre.

—Resulta que, anoche, discutí con mis tíos. Se niegan en rotundo a firmar la operación cuyo borrador les había enviado mi notario y a devolverme la dote que dilapidó mi marido antes de su internamiento.

—Su tío, que fue quien quiso el matrimonio, es, sin embargo, responsable, según las condiciones del contrato.

—No importa. Le digo que se niega.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿sigue usted dispuesto a llevarme consigo? —preguntó riéndose.

—Más que nunca.

—Pero sin más intenciones, no se olvide.

—Lo que usted diga. Sabe bien que estoy loco por usted.

—El problema es que, por desgracia, yo no estoy loca por usted.

—No le pido que esté loca por mí, sino que me ame un poco.

—¿Un poco? Qué exigente es usted.

—En tal caso, ¿por qué me ha elegido?

—Por azar. Me aburría. Llevaba una vida sin imprevistos. Así que voy a correr el riesgo. Tome, mi equipaje.

Hortense dejó caer enormes bolsos de cuero, que Rossigny recibió en sus brazos.

—La suerte está echada —murmuró Hortense—. Vaya a esperarme con el automóvil en el cruce del If. Yo iré a caballo.

—¡Cielos! No voy a poder llevar conmigo a su caballo.

—Volverá él solo.

—Perfecto. Ah, por cierto...

—¿Qué ocurre?

—¿Quién es ese príncipe Rénine que lleva allí tres días y que nadie conoce?

—No lo sé. Mi tío lo conoció de caza, en la finca de unos amigos, y lo ha invitado.

—Lo agrada usted demasiado. Ayer dio un largo paseo con él. No me cae bien ese hombre.

—Dentro de dos horas, me habré marchado del palacio en su compañía. Será un escándalo que probablemente desaliente a Serge Rénine. Pero ya es suficiente. No tenemos tiempo que perder.

Durante unos minutos, observó al gordo de Rosigny, quien, doblado bajo el peso de los bolsos, se alejaba al abrigo de un camino desierto, y a continuación cerró la ventana.

Fuera, lejos en el jardín, una fanfarria de cornos señalaba la hora de despertarse. Los perros prorrumpieron en ladridos furiosos. Era la apertura, esa mañana, en el palacio de La Marèze, en el que todos los años, a comienzos de septiembre, el conde de Aigleroché, gran cazador como los que ya no quedan, y la condesa reunían a algunos amigos y a los señores de los alrededores.

Hortense terminó despacio de asearse, se atavió con una amazona que le dibujaba la cintura, se puso un sombrero de fieltro cuya gran ala le enmarcaba el hermoso rostro de cabello rojo y se sentó delante de su escritorio, en el que escribió a su tío, el señor Aigleroché, una carta de despedida que habrían de remitirle por la tarde; una carta difícil que hubo de empezar varias veces y a la cual, finalmente, renunció.

—Ya le escribiré más adelante —se dijo—, cuando no esté tan encolerizado.

Y se dirigió al comedor principal.

Enormes troncos ardían en el hogar. Decoraba las paredes un abanico de fusiles y carabinas. De todas partes confluían y llegaban los invitados a estrecharle la mano al conde de Aigleroché, uno de esos caballeros rurales, de aspecto robusto y cuello poderoso, que solo viven para la caza. En pie, delante de la chimenea, con una enorme copa de fino champán en la mano, brindaba.

Hortense le dio un beso, distraída.

—¡Pero bueno! ¡Mi tío, con lo sobrio que suele estar!

—¡Bah! —dijo—. Una vez al año, uno puede permitirse algunos excesos.

—Mi tía lo va a regañar.

—Tu tía tiene migraña y no va a bajar. Además —añadió con un tono huraño—, eso no la incumbe. Y a ti menos aún, querida.

El príncipe Rénine se acercó a Hortense. Era un hombre joven, de una gran elegancia, rostro delgado y algo pálido, cuyos ojos tenían a la vez la expresión más dulce y la más dura, la más amable y la más irónica.

Se inclinó ante la joven, le besó la mano y le dijo:

—¿He de recordarle su promesa, estimada dama?

—¿Mi promesa?

—Sí, acordamos que retomaríamos el hermoso paseo de ayer y que intentaríamos visitar la vieja

vivienda tapiada cuyo aspecto nos intrigó. Parece que es la finca de Halingre.

Hortense replicó con cierta aspereza:

—Lo lamento, señor, pero sería una excursión larga y estoy un poco cansada. Voy a dar una vuelta por el jardín y volver.

Se produjo el silencio entre ellos, y Serge Rénine pronunció sonriendo, con la mirada fija en la de la joven y de manera que solo ella lo oyera:

—Estoy seguro de que va a cumplir su palabra y de que va a aceptarme como acompañante. Es lo preferible.

—¿Por quién? Por usted, ¿no es así?

—Y también por usted; se lo aseguro.

Hortense se ruborizó ligeramente y respondió:

—No lo entiendo, caballero.

—Pues no le estoy proponiendo enigma alguno. El trayecto es encantador, y la finca de Halingre, interesante. No hay ningún otro paseo que pueda aportarle el mismo placer.

—No carece usted de fatuidad, caballero.

—Ni de obstinación, señora.

Hortense esbozó un gesto de irritación, pero no se dignó en responder. Le dio la espalda, estrechó varias manos a su alrededor y salió de la estancia.

A los pies de la escalinata, un botones le sujetaba el caballo. Hortense lo montó y se marchó hacia el bosque que bordeaba el jardín.

Hacía un día fresco y tranquilo. Entre las hojas que apenas se estremecían, se observaba un cielo de cristal azul. Hortense siguió al paso caminos sinuosos que la condujeron, al cabo de media hora, a una región de barrancos y escarpaduras que atravesaban la carretera principal.

La joven se detuvo. No se escuchaba ni un ruido. Rossigny debió de haber apagado el motor y escondido el coche entre los matorrales que rodeaban el cruce del If.

Quinientos metros como mucho la separaban de la rotonda. En la primera curva, advirtió a Rossigny, quien corrió hacia ella y la arrastró hacia los matorrales.

—Deprisa, deprisa. ¡Ah, cuánto temía un retraso... o incluso un cambio de opinión! ¡Pero ha venido! ¡Será posible?

Hortense sonrió.

—¡Qué feliz está por hacer una necesidad!

—¡Y que lo diga! Y le juro que usted también lo estará.

—Tal vez, pero yo no voy a hacer ninguna necesidad.

—Hará a su antojo, Hortense. Su vida será un cuento de hadas.

—Y usted será el príncipe azul.

—Tendrá todos los lujos y riquezas.

—No quiero ni lujos ni riquezas.

—¿Qué quiere, entonces?

—La felicidad.

—Pues la tendrá, le digo.

Hortense bromeó:

—Dudo un poco de la calidad de la felicidad que podrá ofrecerme.

—Eso ya se verá. Eso ya se verá.

Habían llegado junto al automóvil. Rossigny, aún balbuceando palabras de alegría, puso en marcha el motor. Hortense se subió y se cubrió con un amplio abrigo. El coche siguió sobre la hierba el sendero estrecho que lo llevó hasta el cruce, y Rossigny estaba acelerando cuando, de pronto, tuvo que frenar.

Había sonado un disparo en el bosque colindante, a la derecha. El automóvil se tambaleó.

—Tenemos un pinchazo en uno de los neumáticos delanteros —profirió Rossigny, que se bajó del vehículo.

—¡No puede ser! —gritó Hortense—. Han disparado.

—Imposible, mi querida amiga. ¿Qué dice usted?

En ese preciso instante, se oyeron dos débiles impactos y otras dos detonaciones, una tras otra, bastante lejos, pero aún en el bosque.

Rossigny gritó:

—Los neumáticos de atrás, pinchados. Pero, cielos, ¿quién es el bandido? Como lo coja...

Trepó por el talud que bordeaba la carretera. No había nadie. Además, las hojas de los matorrales le impedían ver.

—¡Maldición! —blasfemó—. Tenía usted razón: han disparado al automóvil. No podemos continuar. Vamos a estar horas parados. ¡Hay que reparar tres neumáticos! Pero ¿qué hace, mi querida amiga?

Por su parte, la joven se bajó del vehículo y corrió hacia él, nerviosa.

—Me voy.

—Pero ¿por qué?

—Eso me gustaría saber. Nos han disparado, pero ¿quién? Eso me gustaría saber.

—No nos separemos; se lo ruego.

—¿Cree usted que voy a esperarlo varias horas?

—Pero ¿y nuestra marcha? ¿Y nuestros proyectos?

—Ya lo hablaremos mañana. Vuelva al palacio y tráigame el equipaje.

—Se lo suplico, se lo suplico. No ha sido culpa mía. La veo enfadada conmigo.

—No estoy enfadada con usted, pero, caramba, cuando uno huye con una mujer, no sufre un pinchazo, querido. Hasta la próxima.

Hortense se marchó a toda prisa; tuvo la suerte de encontrarse con su caballo y partió al galope en una dirección opuesta a La Marèze.

La joven no tenía la menor duda: los tres disparos los había efectuado el príncipe Rénine.

—Es él —murmuró Hortense encolerizada—. Es él. Solo él es capaz de actuar así.

Además, ¿no se lo había advertido con una autoridad sonriente?

«Vendrá, estoy seguro. La espero».

La joven lloraba de rabia y de humillación. En ese momento, de haberse encontrado frente al príncipe Rénine, lo habría fustigado.

Ante ella se extendía la áspera y pintoresca comarca que corona, al norte, el departamento de la Sarthe, apodado la pequeña Suiza. Varias pendientes pronunciadas la obligaban a menudo a reducir la velocidad, más aún cuando todavía le faltaba por recorrer una decena de kilómetros para llegar al objetivo que se había propuesto. Pero, aunque su ímpetu era cada vez menor y el esfuerzo físico se aplacaba poco a poco, no dejaba de insistir en su indignación contra el príncipe Rénine. Le guardaba rencor, no solo por el acto incalificable que había cometido, sino también por su conducta para con ella desde hacía tres días, por su dedicación, su seguridad y su excesiva educación.

Hortense se estaba acercando. Al fondo de un valle, un viejo muro perimetral, repleto de grietas y revestido de musgo y malas hierbas, dejaba ver el campanario de un palacio y varias ventanas con los postigos cerrados. Era la finca de Halingre.

La joven rodeó el muro y dobló la curva. En el centro de la media luna que se arqueaba delante de la puerta de entrada, la esperaba Serge Rénine, en pie, junto a su caballo.

Hortense se bajó de su montura y, cuando el príncipe avanzó hacia ella, sombrero en mano, y le dio las gracias por haber acudido, la muchacha gritó:

—Antes de nada, caballero, quiero decirle una cosa. Hace un momento ha sucedido un hecho inexplicable. Han disparado tres veces sobre el automóvil en el que me encontraba. ¿Ha sido usted el autor de los disparos?

—Sí.

Hortense se quedó atónita.

—Entonces, ¿lo reconoce?

—Me ha hecho una pregunta, señora, y yo se la he respondido.

—Pero ¿cómo se atreve? ¿Con qué derecho...?

—No he ejercido ningún derecho, señora: he obedecido a un deber.

—¿Será posible? ¿A qué deber?

—El deber de protegerla frente a un hombre que busca aprovecharse de su sufrimiento.

—Caballero, le prohíbo que hable así. Soy responsable de mis propias acciones y he tomado mi decisión con total libertad.

—Señora, esta mañana oí la conversación que tuvo por la ventana con el señor Rossigny, y no me pareció que lo siguiese con regocijo. Reconozco la brutalidad y el mal gusto de mi intervención, y me disculpo humildemente, pero he querido, aun a riesgo de quedar como un patán, concederle algunas horas de reflexión.

—Ya he reflexionado lo suficiente, caballero. Cuando decido una cosa, no cambio de opinión.

—Sí, señora, alguna vez sí, pues está usted aquí en vez de estar allí.

La joven sufrió un momento de bochorno. Le había desaparecido la ira. Observaba a Rénine con ese asombro que se siente cuando uno se encuentra frente a seres distintos a los demás, más capaces de acciones insólitas, más generosos y más desinteresados. Se había dado cuenta de que Rénine actuaba sin segundas intenciones ni cálculos; simplemente, como aseguraba, por deber de caballero para con una mujer que se equivoca de rumbo.

Con dulzura, el príncipe le dijo:

—Sé muy pocas cosas sobre usted, señora; sin embargo, son suficientes para que arda en deseos de serle útil. Tiene veintiséis años y es huérfana. Hace siete años, se casó con el sobrino por matrimonio del conde de Aigleroché, el cual, de inusual espíritu, medio loco, hubo de ser encerrado. De ahí su imposibilidad de divorciarse y la obligación, una vez que se dilapidó su dote, de vivir a cargo de su tío y con él. Es un ambiente triste, pues los condes no coinciden. Por desgracia, al conde lo abandonó su primera mujer, que huyó con el primer marido de la condesa. Los dos esposos abandonados unieron sus respectivos destinos por despecho, pero en el matrimonio no han encontrado más que decepción y rencor. Y usted ha sufrido las consecuencias: una vida monótona, limitada y solitaria más de once meses de doce. Un día, conoció al señor Rossigny, que se quedó prendado de usted y le propuso fugarse con él. No lo amaba, pero el aburrimiento, una juventud que se le escapa,

la necesidad de percances y el deseo de aventuras... En fin, aceptó con la clara intención de rechazar a su enamorado, pero con la esperanza algo ingenua de que el escándalo obligase a su tío a rendir cuentas y garantizarle una existencia independiente. Y en ese punto está. En este momento, ha de elegir: o cae en manos del señor Rossigny... o confía en mí.

Hortense clavó la mirada en él. ¿A qué se refería? ¿Qué significaba esa oferta que le hacía con seriedad, como un amigo que no pide más que sacrificarse?

Tras un silencio, Rénine cogió los dos caballos por la brida y los ató. Luego, examinó la pesada puerta, cuyos batientes estaban reforzados por dos tablas clavadas en forma de cruz. Un cartel electoral, con fecha de veinte años atrás, demostraba que nadie desde entonces había franqueado el umbral de la finca.

Rénine arrancó uno de los postes de hierro que sostenían una alambrada que rodeaba la media luna y lo utilizó como palanca. Cedieron las tablas podridas. Una de ellas reveló la cerradura, contra la que el príncipe acometió con una gruesa navaja, provista de numerosas hojas y útiles. Un minuto después, se abrió la puerta sobre un campo de helechos que se extendía hasta un edificio alargado y en ruinas, sobre el que se alzaba, entre cuatro campanarios esquineros, una suerte de mirador construido sobre una torreta.

El príncipe se volvió hacia Hortense.

—Nada la obliga —dijo—. Esta noche, tome su decisión y, si el señor Rossigny consigue convencerla

una segunda vez, le juro por mi honor que no me interpondré en su camino. Hasta entonces, concédame su presencia. Ayer acordamos visitar el palacio; pues visitémoslo, ¿le parece? Es una manera como cualquier otra de pasar el tiempo y estoy seguro de que no carecerá de interés.

Tenía una forma de hablar que obligaba a obedecerlo. Parecía a la vez ordenar y suplicar. La joven ni siquiera intentó despojarse del adormecimiento en el que poco a poco zozobraba su voluntad. Lo siguió hacia una escalinata medio demolida, en lo alto de la cual se advertía una puerta también reforzada con tablas en cruz.

Rénine procedió de la misma manera, y accedieron a un amplio vestíbulo, pavimentado en negro y blanco, amueblado con aparadores antiguos y sillas de iglesia, y decorado con un emblema de madera en el que se veían vestigios de escudos de armas que representaban un águila encaramada a un bloque de piedra, todo bajo un tejido de telarañas que pendía sobre una puerta.

—La puerta del salón, evidentemente —afirmó Rénine.

Abrirla fue lo más difícil, y solo cargando contra ella consiguió que cediera uno de los batientes.

Hortense no había dicho palabra alguna. Asistía, no sin sorpresa, al allanamiento ejecutado con verdadera maestría. Rénine adivinó lo que la joven estaba pensando y, tras volverse, le dijo con un tono serio:

—Esto es un juego de niños para mí. He sido cerrajero.

La muchacha lo agarró del brazo y murmuró:

—Escuche.

—¿El qué? —dijo el príncipe.

Hortense lo agarró aún con más fuerza, exigiendo silencio. Casi de inmediato, Rénine murmuró:

—En efecto, es extraño.

—Escuche, escuche —repitió Hortense, estupefacta—. ¿Será posible?

Estaban oyendo, no muy lejos de ellos, un ruido seco —un ruido de golpecitos a intervalos regulares—, y les bastó con aguzar el oído para reconocer el tictac de un reloj. En realidad, sí, era aquello lo que declamaba en el silencio del salón oscuro; era el tictac muy lento y rítmico como un metrónomo, producido por un pesado péndulo de cobre. Era eso. Y nada podía impresionarles más que el pulso medido de ese pequeño mecanismo que había seguido viviendo en la muerte del palacio. ¿Por qué milagro? ¿Gracias a qué fenómeno inexplicable?

—Sin embargo —balbuceó Hortense, que no se atrevía a levantar la voz—, no ha entrado nadie, ¿verdad?

—Nadie.

—Y es impensable que el reloj haya podido estar en funcionamiento veinte años sin que le dieran cuerda.

—Impensable.

—¿Entonces?

Serge Rénine abrió las tres ventanas y forzó los postigos.

Se encontraban, efectivamente, en un salón, que no ofrecía el menor rastro de desorden. Las sillas estaban en su sitio. No faltaba ningún mueble. Quienes residían en él, y que lo habían convertido en la estancia más íntima de la vivienda, se habían marchado sin llevarse nada, ni los libros que leían ni los adornos que decoraban las mesas y las consolas.

Rénine examinó el viejo reloj, encerrado en un alto cofre esculpido que dejaba ver, a través de un cristal ovalado, el disco del péndulo. Entonces lo abrió: los pesos, colgados de cuerdas, estaban llegando al final de su trayecto.

En ese momento, se oyó un chasquido. El reloj dio ocho campanadas, con un sonido grave que la joven no olvidaría jamás.

—¡Qué prodigio! —murmuró.

—Un verdadero prodigio, sí —declaró Rénine—, pues el mecanismo, muy sencillo, no permite más que un movimiento semanal.

—¿Y no ve nada en particular?

—No, nada, por lo menos...

Rénine se inclinó y, al fondo del cofre, tiró de un tubo de metal escondido tras los pesos, y que sacó a la luz.

—Un catalejo —dijo pensativo—. ¿Por qué lo habrán escondido aquí? Y lo han dejado extendido. Qué raro. ¿Qué significará?

Por segunda vez, según la costumbre, sonó el reloj: ocho campanadas. Rénine volvió a cerrar el cofre y, sin soltar el catalejo, continuó la inspección. Un enorme vano comunicaba el salón con una estancia más pequeña, una especie de sala de fumadores, también amueblada, pero en la que, no obstante, había una vitrina para fusiles cuyo armero estaba vacío. Fijado al panel contiguo, un calendario mostraba una fecha: el 5 de septiembre.

—¡Ah! —exclamó Hortense, confundida—. Es la fecha de hoy. Han arrancado las hojas del calendario hasta el 5 de septiembre. ¡Y hoy es el aniversario de aquel día! ¡Qué inaudita casualidad!

—Inaudita, sí —pronunció Rénine—. Es el aniversario de su marcha, hace hoy veinte años.

—Reconozca —dijo la joven— que todo esto es incomprendible.

—Sí, obviamente, pero, de todas formas...

—¿Se le ocurre algo?

El príncipe respondió al cabo de unos segundos:

—Lo que me intriga es el catalejo escondido, metido ahí dentro en el último momento. ¿Para qué serviría? Desde las ventanas de la planta baja solo se ven los árboles del jardín, igual que desde todas las demás ventanas. Estamos en un valle, sin el menor horizonte. Para hacer uso de este instrumento, habría que subir a lo alto. ¿Le gustaría que subiésemos?

Hortense no dudó. El misterio que desprendía la aventura despertaba tanto su curiosidad que

solo deseaba seguir a Rénine y asistirlo en sus pesquisas.

Así pues, subieron por la escalera principal y llegaron al segundo piso, a una plataforma donde daba inicio la escalera de caracol del mirador.

Arriba había una terraza al aire libre, aunque rodeada de un parapeto que se alzaba más de dos metros.

—Antaño debieron de ser almenas que más adelante rellenaron —apuntó el príncipe Rénine—. Fíjese: tiempo atrás hubo troneras que han tapado.

—En todo caso —dijo la joven—, aquí el catalejo también era inútil y no podemos hacer más que volver a bajar.

—No soy de su opinión —dijo Rénine—. Lógicamente, debía de haber vistas al campo y, también lógicamente, aquí es desde donde se usaba el catalejo.

Con gran esfuerzo, consiguió alzarse hasta lo alto del parapeto y pudo ver que, desde allí, se avistaba todo el valle, el parque —cuyos grandes árboles bordeaban el horizonte— y, bastante lejos, al final de un corte en una colina arbolada, otra torre en ruinas, muy baja, envuelta en hiedra y que estaría tal vez a setecientos u ochocientos metros de distancia.

Rénine continuó con la inspección. Podría decirse que, para él, el problema se resumía en el empleo del catalejo, y que el problema se resolvería de inmediato si se descubriese la forma en que se empleó.

Estudió una por una las troneras. Una de ellas, o más bien su emplazamiento, le llamó especialmente

la atención. Existía, en medio de la capa de yeso que debía de servir para taparla, un hueco lleno de tierra y en el que habían crecido plantas.

El príncipe las arrancó y retiró la tierra, lo que dejó ver un orificio de veinte centímetros de diámetro que atravesaba el muro de lado a lado. Rénine se inclinó y constató que la fisura, estrecha y profunda, dirigía inevitablemente la mirada, por encima de la cumbre colmada de árboles y siguiendo el corte de la colina, hasta la torre de hiedra.

Al final del conducto, en una especie de ranura que transitaba como una zanja, el catalejo encontró su sitio, de una forma tan exacta que habría sido imposible moverlo, por poco que fuera, a la derecha ni a la izquierda.

Rénine, que había limpiado la parte exterior de las lentes, con cuidado de no alterar el punto de mira, llevó el ojo al fino extremo del instrumento.

Así permaneció treinta o cuarenta segundos, atento y en silencio. A continuación, se levantó y pronunció con una voz afectada:

—Es terrible. En verdad, es terrible.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hortense, nerviosa.

—Mire.

La joven se encorvó, pero, como no veía la imagen con claridad, hubo de ajustar el instrumento a su visión. Casi de inmediato dijo con un escalofrío:

—Son espantapájaros, ¿no? Los dos situados ahí arriba. Pero ¿por qué?

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1525314

ISBN 978-84-143-3463-8



9 7 8 8 4 1 4 3 3 4 6 3 8